

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ya hace varios días la Palabra de Dios nos está hablando de la conversión y la semana pasada nos hablaba de la oportunidad que nos da a todos en su misericordia para acercarnos a él, de tal manera que cuando lo hacemos, LLEGADA NUESTRA HORA, el Señor nos acoge.

Esta Palabra de Dios de este fin de semana nos está hablando de un don importante en el camino hacia la salvación LA PERSEVERANCIA. De tal manera que podríamos decir que la conversión se inicia, cuando decidimos seguir al Señor. Ese momento y esa hora la sabemos; pero el momento en el que se culmina ese camino será en el encuentro con el Señor. En otras palabras, la conversión se inicia, avanza, se desarrolla, pero nunca podemos decir que hasta aquí llegamos mientras tenemos un respiro de vida.

Pensamos que la salvación se da en un momento dado de nuestra vida y hasta nosotros nos mentalizamos “YA SOMOS BUENOS”. Pero realmente no, porque de igual manera como hemos iniciado un camino, Dios espera nuestra perseverancia en el bien.

Suele suceder que le hacemos miles promesas al Señor de cambio, de entrega, de sacrificio; especialmente en momentos importantes de nuestra vida, sea un retiro espiritual, sea un momento de problema cuando negociamos con el Señor para que nos saque de los mismos y haremos esto o aquello que hemos dejado de hacer. Quizás obtenemos una respuesta positiva o por el mismo esfuerzo en poner en marcha en medio de las crisis, los dones que el Señor nos había regalado y que los teníamos guardados o dormidos hasta el momento, las situaciones se tornan mejores.

Pero de igual manera tenemos que reconocer que muchas veces hemos sido como la parábola de los dos hijos a quienes el Señor llama a trabajar en su viña, uno de dice que va pero no lo hace, en cambio el segundo le dice que no va, pero al final se arrepiente y va. Entonces nos tiene que venir a la mente las Palabras del evangelio de San Mateo: “No todo el que diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad del Padre que está en los cielos” (Cf. 7,21).

Y entrelazando el mensaje de la primera lectura del libro de Ezequiel con la parábola de los dos hijos del evangelio de San Mateo:

- *Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere; muere por la maldad que cometió = 'Ya voy, señor', pero no fue'.*

- *Cuando el pecador se arrepiente del mal que hizo y practica la rectitud y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se aparta de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá = 'No quiero ir', pero se arrepintió y fue.*

¿Y porqué termina el Señor en el evangelio con palabras tan fuertes? *“Yo les aseguro que los publicanos y las prostitutas se les han adelantado en el camino del Reino de Dios”*. Porque a nosotros, quienes hemos tenido muchas oportunidades de vida para acercarnos a Dios y no las hemos aprovechado, seguimos siendo tibios o estamos viviendo el cristianismo de una manera superficial y sin esmero. Por ello también vale la pena recordar las Palabras que a propósito encontramos en el libro del Apocalipsis: *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! 'Así, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”* (Cf. Ap 3,15). Éstas van en consonancia con otras palabras que también nos recuerda el evangelio: *“Aquel sirviente que, conociendo la voluntad de su señor, no prepara las cosas ni cumple lo mandado, recibirá un castigo severo; pero aquel que sin saberlo, cometa acciones dignas de castigo, será castigado con menos severidad. A quien mucho se le dio mucho se le pedirá; a quien mucho se le confió mucho más se le exigirá”* (Cf. Lc 12, 47-48).

En otras palabras, no nos podemos sentir como los Escribas y Fariseos que eran los interlocutores directos a quienes el Señor les dirige la Palabra, creyéndonos los más SANTOS Y BUENOS; además con el pensamiento que ya tenemos ganada la salvación y mirando a los que no han tenido la oportunidad que nosotros hemos tenido, como PECADORES Y MALOS. Porque correríamos el riesgo de llenarnos de soberbia y orgullo que aflora en sentimientos y palabras de crítica sin misericordia y sin compasión hacia los demás.

Es cierto que estamos en el camino del Señor y tenemos que agradecerle a Dios por ello, pero eso no nos da derecho a ser jueces implacables de los demás o de mirar a ‘las prostitutas y pecadores’, como hijos de Dios de segunda categoría, porque al final, la crítica nos ahoga y los papeles se pueden invertir. La mejor actitud entonces es asumir en nuestra vida los consejos que San Pablo dirige a los Filipenses y hoy a nosotros Dios, por su medio: *“Nada hagan por espíritu de rivalidad ni presunción; antes bien, por humildad, cada uno considere a los demás como superiores a sí mismo y no busque su propio interés, sino el del prójimo”*.